

IGNACIO IRIARTE

# Del Concilio de Trento al SIDA

Una historia del barroco



prometeo  
libros

**Ignacio Iriarte** nació en Mar del Plata, en 1976. Es Licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata y Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como docente en la primera de estas instituciones y es investigador de CONICET, en donde desarrolla estudios sobre literatura latinoamericana contemporánea. Ha publicado numerosos artículos sobre el neobarroco. Es co-editor del sitio *Caja de resonancia* y secretario de redacción de la revista *El jardín de los poetas*.

## INTRODUCCIÓN

Muchos de los escritores del siglo xx que se ocuparon del Barroco creyeron estar descubriendo algo que había estado sepultado durante largo tiempo y que, recién en ese momento, se volvía significativo. Los poetas de la generación del 27 conocían sus deudas con Paul Verlaine, Rubén Darío y Raymond Foulché-Delbosc, pero aun así celebraron el centenario de Luis de Góngora como un acto de reivindicación histórica en tanto consideraron que, por primera vez, se lo leía de manera adecuada. En *El origen del drama barroco alemán*, Walter Benjamin reconoce la labor de la crítica del siglo xix sobre autores centrales como Pedro Calderón de la Barca y Lope de Vega y sabía que los románticos se habían ocupado de ambos autores; no obstante, comienza su estudio afirmando que el expresionismo y la Gran Guerra permitieron ver con una luz definitiva la cultura del siglo xviii. La misma impresión se encuentra después de los años sesenta. Los ensayos de Severo Sarduy y Néstor Perlongher sobre el componente revolucionario de la cultura del 1600, el descubrimiento tardío de Alejo Carpentier de que América tiene un lenguaje barroco, la sintonía que Jacques Lacan percibe entre Barroco y sujeto freudiano, la afirmación de Gilles Deleuze de que el período muestra la novedad del pliegue, todas esas interpretaciones rutilantes, compuestas desde la literatura, la filosofía, el psicoanálisis y la historiografía, son una muestra no solo de la importancia que para el siglo xx cobró el período, sino también del rol que esos intelectuales creyeron representar respecto a la verdad histórica del Barroco.

Pero a pesar de que los autores recién nombrados sentaron las condiciones sobre las cuales comprendemos ese período, la impresión de novedad que transmiten solo es cierta de manera parcial. No solo nunca se dejó de hablar del siglo xviii, sino que todos entendieron que eran los primeros en hacerlo de una manera acertada. De los ilustrados a los románticos, desde los modernistas hasta los vanguardistas, todos pensaron la cultura del Barroco y todos creyeron ser los primeros que entendían por primera vez ese período complejo, y en gran medida, controversial. El propósito de este libro es

elaborar una interpretación de esta larga historia de recuperaciones, rechazos y celebraciones.

Si miramos el ciclo en su conjunto, se pueden advertir algunas continuidades. La primera de ellas es que el Barroco se asemeja a un objeto que va cambiando de manera coherente desde principios del siglo XVIII, a partir de una serie de interpretaciones históricas que conforman lo que Hans Robert Jauss (2000) denomina una cadena de recepción. Para verlo de una manera rápida, podemos tomar como ejemplo la historia de la palabra que le da nombre al período. La Real Academia la registra en 1914 como un adjetivo negativo: “Lo irregular por exceso de adornos, y fuera del orden conveniente en arquitectura y artes plásticas”. En 1927 se extendió a cierta literatura en la que “predomina la pompa y el ornato” y, recién en 1970, se volvió un sustantivo específico para la cultura del siglo XVII. En Francia se advierte un comportamiento similar. En su edición de 1743, el diccionario Trévoux “identifica *baroque* con *bizarre* y establece que tanto un modo de pensar, como una expresión, como un rostro, pueden ser calificados de barrocos” (Hatzfeld, 1964: 493). En 1771 el adjetivo se especializó para el arte y, solo a mediados del XIX, se convirtió en un sustantivo referido a la producción artística del siglo XVII. Las transformaciones de la palabra son huellas tardías de lo que sucedió con la valoración del período. Para los ilustrados, la poesía del siglo XVII era efectivamente irregular, extraña y deforme, pues había decidido romper, de una manera totalmente perjudicial según el punto de vista que adoptaron, con una normativa universal fundada en la distinción racional de los ideales de belleza. Las interpretaciones posteriores no se pueden tomar como el descubrimiento de una verdad sepultada debajo de estas opiniones. Por el contrario, todo indica que lo que cambia es la valoración de los prejuicios con que aquellos habían entendido el período. Cuando los románticos reivindicaron el teatro del siglo XVII, no lo hicieron por creer que este era regular y armónico, sino porque la irregularidad, la extrañeza y la deformidad habían comenzado a ser interesantes para el arte y la poesía. El concepto de grotesco, que Víctor Hugo defendió en el *Prefacio de “Cromwell”*, o la estética de lo feo, que ganó cada vez más importancia desde la interpretación que Lessing hizo de *Lacoonte*, desplazaron los ideales de simetría y equilibrio, y prepararon el terreno para la valoración de la irregularidad, la extrañeza y la deformidad<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Podemos decir, en este sentido, que la interpretación del pasado se basa en una reinterpretación de los prejuicios que tenemos de él. Como demuestra Hans-Georg Gadamer, en *Verdad y método*, importa poco que esos prejuicios sean verdaderos o falsos porque lo fundamental es que imponen criterios de veracidad. José Manuel Rico sostiene que la idea de la decadencia de la literatura española es un prejuicio que comenzó a fraguarse en la polémica en torno a Góngora y que luego pasó a constituir “la piedra angular sobre la que se edificó la crítica

Al lado de esta cadena no interrumpida de interpretaciones, existe una segunda continuidad. Si desde la Ilustración no se dejó de hablar de lo que hoy en día entendemos como Barroco, esto se debe a que en ese momento se produjo algo que dio comienzo a una historia que por un camino u otro llegaría hasta la actualidad. Por cierto, no hay un acuerdo sobre qué es exactamente lo que se produce en ese momento. Para Eric Hobsbawm (“La crisis general del siglo xvii”) se trata del choque entre el feudalismo y las fuerzas emergentes del capitalismo; para Antonio Negri (*Descartes político*) se trata del colapso del humanismo y el establecimiento de los cimientos cartesianos de la Ilustración; para José Antonio Maravall (*La cultura del Barroco*) se trata del despliegue de los aparatos represivos e ideológicos de las monarquías a fin de mantener bajo control la crisis general; para Foucault (“¿Qué es la crítica?”) se trata del choque entre el poder crítico de los humanistas y la repuesta dogmática de la pastoral cristiana. Todas estas interpretaciones han sido revisadas en diversas oportunidades. Hugh Trevó-Roper (especialmente en “La crisis general del siglo xvii”) discute desde temprano la tesis de Hobsbawm y señala que la crisis no se debió a la emergencia del capitalismo, sino al peso creciente de los Estados sobre la población. La respuesta de la época no fue la invención de un nuevo sistema, sino la recuperación del mercantilismo y el diseño de políticas de austeridad. En otro plano, como resume Joseph Bergin (*El siglo xvii*) y expone Pablo Fernández Albaladejo (*La crisis de la monarquía*), se ha abandonado la idea de una crisis general y se prefiere hablar de crisis locales.

Pero entre los siglos xvi y xvii, existe algo que, si no es nuevo, adquiere una nueva intensidad. Al inicio de ese período, nos encontramos con un clima de renovación que repercute entre otras cosas en las ideas sobre el lenguaje, la política y la religión, es decir, en tres de los órdenes fundamentales de la sociedad y en tres de los campos a partir de los cuales se puede pensar al ser humano. Los humanistas se dirigieron a esos territorios con la mentalidad crítica que proporcionaba el conocimiento lingüístico y pusieron en cuestión los textos canónicos, la estructura institucional de la iglesia, las modalidades de escritura y lectura y las ideas hasta entonces vigentes sobre el arte de gobernar. El ejemplo característico es Nicolás Maquiavelo. Maquiavelo descodificó la política en tanto demostró que había que comprenderla como una actividad autónoma respecto de la religión y la moral. Como destaca Claude Lefort en “Maquiavelo y la *verità effettuale*”, para el florentino la

---

literaria de los siglos xviii y xix” (2005: 158). Para Rico son “ideas mostrencas que se han venido repitiendo de forma acrítica y, por tanto, asumidas sin reservas, hasta la historiografía literaria del siglo xx” (158). Pero lo contrario también es cierto: la recuperación del Barroco se basó en una resignificación y no en una eliminación de los prejuicios heredados. Me he referido a este tema en “Barroco, hermenéutica y modernidad”.

sociedad se caracteriza por el antagonismo entre los que mandan y los que están obligados a obedecer. Esa idea era perturbadora, como lo eran también las críticas a la traducción oficial de la Biblia y el desarrollo de un saber laico que se mostraría en condiciones de cuestionar los fundamentos de la cosmovisión medieval. Sobre ese trasfondo, se puede comprender el siglo xvii. Se trata de un período que intenta responder a la pregunta de cómo organizar la política, la religión y el lenguaje bajo una doble exigencia: por una parte, debía hacerse cargo del conocimiento laico y el antagonismo que recorría la sociedad y, por la otra, necesitaba establecer sobre esa base algún tipo de organización social e intelectual.

Nada refleja mejor esta doble exigencia que la voluntad sistemática que caracteriza las obras clásicas del siglo xvii, como *Leviatán*, *Discurso del método* y los tratados hispánicos sobre lo que en la época se denominó “razón de Estado”. Hay en todos ellos un esfuerzo por establecer un sistema, un orden, una racionalidad autosustentada. Pero al mismo tiempo, esos autores se diferencian, lo cual permite darle una cierta precisión a la palabra barroco. Situándose en la órbita del pensamiento cartesiano, Thomas Hobbes pone los cimientos para lo que después va a ser el despegue de la Ilustración, pues a pesar de que hace una defensa encendida del sistema de la monarquía absoluta, piensa la sociedad a partir de sujetos universales que salen del estado natural por medio de la celebración de un pacto mediante el cual instituyen un poder político que se sitúa por encima del religioso. En los países del orbe católico, en los que se desarrolla plenamente el barroco, los autores reconocen la autonomía de los saberes y el gobierno, pero restauran el lugar prominente de la religión como fuente de soberanía, núcleo no criticable de la cosmovisión y órgano de control de los saberes.

---

**E**l Barroco es un período que ha generado posiciones encontradas a lo largo de la historia y permite enhebrar una serie de debates cruciales en la literatura, el arte y el pensamiento. Este libro se propone reconstruir parte de esa historia a través de un recorrido por los principales hitos de una marcha que todavía está en curso, tomando como ejes las ideas sobre el lenguaje, la política y la religión. Desde la supremacía de lo religioso en el siglo XVII a la disolución del laberinto barroco por parte de los ilustrados, desde los románticos, que rescataron el teatro áureo como un signo del carácter nacional, a las rescrituras de Walter Benjamin, José Lezama Lima, Jacques Lacan, Severo Sarduy y Néstor Perlongher, *Del Concilio de Trento al sida* muestra la construcción histórica del período del Barroco y los usos que de él se hicieron para pensar la literatura, la subjetividad y las formas de organizar lo social.

**prometeo**  
libros

[www.prometeoeditorial.com](http://www.prometeoeditorial.com)

